

LOS EFECTOS SOCIALES DE LA CRISIS

M.S. Luis Fernando Riba Bazo

Investigador

Escuela de Sociología

Buenas tardes, quiero expresar mi agradecimiento a los organizadores de este Foro por haberme invitado a participar en él.

Voy a enfocar algunos aspectos relacionados con los mercados de trabajo en el contexto de la crisis, en términos generales para América Latina y con algunas puntualizaciones para el caso de Costa Rica. Trataré de exponer algunos efectos de la crisis en dichos mercados y señalar indicadores de lo que ha sido el costo social. Adicionalmente, haremos, desde una perspectiva más teórica, una revisión de algunos indicadores de uso corriente sobre desempeño o comportamiento del mercado de trabajo en nuestros países.

La América Latina de posguerra enfrentó, desde el punto de vista ocupacional, varios desafíos, creo que por todos conocidos. Mencionemos brevemente la creciente mecanización en el medio rural, acompañada de una estructura de tenencia de la tierra muy rígida, que provoca la expulsión de fuerza de trabajo. Complementariamente con esto, el fenómeno del crecimiento demográfico agravó el problema del empleo en el sector urbano, en el sentido de registrarse crecientes incrementos en la fuerza de trabajo, cuya absorción demandaba niveles de mayor crecimiento económico. Esto ha dado lugar a diversas interpretaciones sobre cuál fue la capacidad de las economías de la región, desde la posguerra hasta 1980, para enfrentar el desafío de la absorción productiva de mano de obra por las actividades modernas.

Puede concluirse que en el conjunto de la región se registró una absorción creciente, pero que, sin embargo, por las dimensiones que alcanzó el problema ocupacional en la posguerra, al acelerarse el ritmo de crecimiento demográfico e intensificarse el proceso de migración interna, no se logró

absorber en forma productiva la totalidad del incremento de la oferta, en particular en las zonas urbanas. Esta característica de nuestro desarrollo se reflejó en una mayor heterogeneidad en términos de productividad y de salario, así como, en una tendencia ascendente del subempleo urbano, la que a su vez evitó una tendencia a la elevación del desempleo abierto. O sea que esta incapacidad relativa de que hablamos, no se manifestó exclusivamente en aumentos del desempleo abierto, sino que tuvo un contrapeso en el aumento de otras formas de subutilización.

El otro fenómeno que señalaba antes, el de mayor heterogeneidad en términos de productividad y de salarios (o de ingresos), está relacionado con lo que acabo de señalar. Quiero decir, que se generan una serie de actividades productivas que se agrupan dentro del llamado sector informal de la economía, en donde, dadas las características de las empresas del sector, como la de producir (y vender) bienes y servicios con bajos requerimientos de capital, con técnicas de producción simples y mano de obra poco calificada, se generó un fenómeno de mayor heterogeneidad en la productividad del trabajo, con situaciones en donde la importancia relativa de los trabajos escasamente productivos y en consecuencia, con remuneraciones muy pobres, es creciente.

Vemos entonces cómo este crecimiento del sector informal urbano, presente en todos los países de la región aunque con diferencias, mediatiza el uso de la tasa de desempleo abierto como indicador de desempeño de la economía o del mercado de trabajo. Lo que quiero decir, es que esa tasa, expresión del desempleo involuntario keynesiano, hay que utilizarla más cuidadosamente de lo que suele hacerse, en el sentido de que, por ejemplo, no basta exhibir valores bajos para indicar la existencia de una situación social satisfactoria. Es posible constatar situaciones socialmente muy deterioradas, con tasas de desempleo abierto relativamente bajas. Esto se refuerza con el análisis del perfil del desempleo, en el sentido de que, por ejemplo, no es lo mismo una tasa de desempleo abierto de alrededor del 6.0 %, como la que dan para Costa Rica en el último año, si ese porcentaje está compuesto fundamentalmente por mujeres no jefes de hogar y jóvenes entrantes a la PEA, que si lo está por jefes de hogar cesantes.

Sintetizando, conviene tener presente que los ajustes o acomodos en el mercado de trabajo, se dan por la vía del desempleo abierto y de la informalidad asociada al subempleo, especialmente al invisible; pero además, por la vía de los salarios, que en los casos de situaciones recesivas e inflacionarias, tienden a la baja en términos reales, es decir, disminuye la relación salarios/precios. Adicionalmente, podemos señalar otros mecanismos de ajuste, como las llamadas formas espurias de ocupación, comprendidas dentro del fenómeno de la "terciarización". Esas formas de ocupación se dan, por ejemplo, cuando se ocupa a gente nada más que para que tengan algún ingreso o para que no haya un agravamiento mayor dentro de una crisis, lo cual no quiere decir que no haya que hacerlo, simplemente lo que quiero destacar es que son manifestaciones de un deterioro en la economía y naturalmente en el mercado de trabajo y que, sin embargo, no es reflejado por la tradicional tasa de desempleo abierto.

Situándonos en el contexto de la crisis, puede afirmarse que alrededor de 1980, la región vive una ruptura importante en relación con sus tendencias en el desarrollo de sus economías y en el comportamiento de sus mercados de trabajo. Si bien hay que reconocer diferencias entre países, entre 1950 y 1980, las economías latinoamericanas tuvieron un crecimiento sostenido a un ritmo de

entre 5 y 6 % anual. Las tasas de desempleo abierto son en general estables, aunque como señalábamos hace un momento, hay una tendencia al incremento del subempleo, que se convierte en la principal forma de subutilización de fuerza de trabajo durante esos tres decenios, particularmente en las actividades no agrícolas, debido a la insuficiencia relativa de las actividades modernas no agrícolas para absorber una elevada presión de oferta.

Pero lo que puede ser calificado como un proceso de modernización parcial de largo plazo, se ve interrumpido por la crisis internacional que afecta a nuestros países desde inicios de la presente década. No puedo repetir aquí los numerosos análisis que se han hecho sobre las causas, características y formas en que la crisis internacional afecta a las economías de los países latinoamericanos. Sí quiero destacar el efecto de ruptura, en el sentido de que la crisis significó para la región una desaceleración sustancial en el crecimiento del producto y una contracción en los niveles de producto e ingreso per cápita. El primero había retornado en 1985, a los niveles de 1977; el ingreso per cápita se contrajo en 14 % entre 1980 y 1985, de manera que una mayoría de latinoamericanos eran más pobres en 1985 que al comienzo del actual decenio. Y digo una mayoría y no todos, porque el costo del ajuste ha estado ciertamente inequitativamente distribuido. Han sido los grupos más desfavorecidos los que han cargado con la mayor parte de ese costo, como lo han demostrado valiosos estudios realizados por la CEPAL y el PREALC, entre otros. Veamos brevemente cuáles han sido las manifestaciones de este problema en el mercado de trabajo. Me limitaré a señalar los tres efectos básicos de la crisis: el primero es la pérdida de dinamismo en la creación de empleos; el segundo, la modificación en el tipo de puestos que son creados; y el tercero, una reducción en los ingresos provenientes del trabajo, con una mayor dispersión en dichos ingresos.

En primer término, la crisis y el retroceso en la economía provocan una disminución en el ritmo de creación de empleo. Se estima que en 1985 hubo en la región un millón de desempleados más de los que se habrían registrado ese año si las condiciones de 1980 se hubieran mantenido. La expansión en el número de desempleados entre esos dos años, es del 48 %, concentrándose en los primeros tres años del quinquenio, en los que se expande a casi el 52 %, coincidiendo con la contracción económica. Para Costa Rica, esos mismos porcentajes de expansión son de 33,3 y el 67,2 %, respectivamente, que contrastan con los correspondientes a la fuerza de trabajo, que son de 15,2 y 9,5 %.

Como lo señalábamos anteriormente, existen efectos que no se reflejan en las variaciones de la tasa de desocupación, como los cambios en la composición o en el perfil de los desempleados. Si comparamos los años 80 con los de fines de los 70, vemos que en los primeros hay un aumento en la participación, en el desempleo de personas que contribuyen de manera preponderante a la conformación del ingreso familiar, es decir, en el conjunto de los desocupados, aumenta la proporción de personas en edades más plenamente activas (25 a 44 años), de personas con experiencia previa de trabajo (cesantes), y de jefes de hogar. Analizando datos de Encuesta de Hogares para Costa Rica, vemos que la tasa de cesantía para hombres era de 2,7 % en 1978, de 4,4 en 1980, de 7,3 en 1982 y todavía en 1986 es de 5.1 %, muy superior al primer año. Por otro lado, en 1979, la tasa de desempleo para jefes de hogar de ambos sexos, era de 1,4 %, sube a 4,5 en 1982 y desciende a 2,9 en 1986. Como puede verse, estos datos nos aproximan mejor a una evaluación de los efectos, en términos de costo social, de la crisis internacional y de las políticas de ajuste.

El segundo efecto básico fue la modificación en el tipo de puestos creados, produciendo cambios en la estructura ocupacional. Este cambio se caracteriza fundamentalmente por el crecimiento relativo a partir de 1980, de puestos o de ocupaciones que presentan mayores grados de subutilización. Este deterioro en la calidad de los puestos creados, jugó un papel anticíclico, al evitar un mayor crecimiento en la tasa de desempleo.

Los cambios en la estructura ocupacional están ligados a tres procesos muy interrelacionados entre sí, que son la informalización, la estatización y la terciarización. Para América Latina, estimaciones hechas por PREALC para el período 1980-85 (promedio ponderado con base en 9 países), dan las siguientes tasas acumulativas anuales:

Población no agrícola ocupada	3.3
Desocupación	8.1
Sector informal urbano	6.8
Sector formal urbano	2.0
— Sector público	4.6
— Sector privado	1.2

Estos datos ilustran sobre la magnitud de la ocurrencia de los procesos de informalización y estatización. Destacamos entonces estos dos cambios de importancia en la estructura ocupacional; por un lado, el incremento del sector no estructurado o informal, donde las actividades tienen una productividad baja; y por otro, en el sector moderno, el papel jugado por el sector público, donde se concentra la mayor parte del crecimiento del empleo. Nada más que para mencionarlo, pero es importante señalar que el sector privado no sólo ha generado menos empleos formales, sino que los que se crearon, han estado fuertemente concentrados en empresas de pequeño tamaño, especialmente en los años de mayor contracción económica.

Lo observado en nuestro país difiere de lo señalado para la región, no tanto en la naturaleza de los cambios o en las tendencias, sino más bien en la intensidad.

Son de todos conocidas las dificultades para establecer límites entre sectores formal e informal. No obstante, podemos hacer algunas estimaciones de la medida en que se dio en Costa Rica un proceso de informalización, aproximándonos por vías "indirectas", como son el subempleo invisible, que es la forma de subutilización de la fuerza de trabajo más estrechamente asociada a la informalidad. El número de trabajadores asalariados afectados por el subempleo invisible era de 108.931 en 1985. Esta cifra, comparada con 1980, da como resultado un incremento porcentual del 66.4 % lo cual está reflejando un deterioro muy grande de la población asalariada. Esto se refuerza al verificar que el subempleo invisible pasó, en dicho período, de un 12.0 a un 17.8 por ciento del total de la población ocupada asalariada. Otra vía de aproximación es a través del crecimiento de los grupos y categorías ocupacionales. Entre 1980 y 1986, el grupo de "administradores y gerentes" crece en un 3.2 %, mientras que "operarios y artesanos" y "personal de servicio" crecen un 14,4 y 22,1 %, respectivamente. Las tasas de participación de la categoría "asalariados" permanecen constantes, se incrementan en "cuenta propia" y "familiar sin sueldo" y disminuyen en "patronos". Estos datos sugieren un proceso de informalización, aunque no tan severo como en otros países de la región.

En el caso de lo que puede ser llamado un proceso de estatización, la experiencia de nuestro país, en la presente década, es contraria a la mayoría de los otros países, como es el caso de México, por ejemplo. Como todos sabemos, ese proceso se dio en Costa Rica, fundamentalmente en las tres décadas anteriores a la crisis. En 1950, el empleo en el sector público como porcentaje del empleo total, era del 6.1; en 1980 era del 19.6, el mismo porcentaje que se registra en 1986.

El tercero de los efectos básicos de la crisis en el mercado de trabajo, dijimos que era la reducción de las remuneraciones de los trabajadores, al que me referiré muy brevemente, ya que se me ha agotado el tiempo. En especial, este fenómeno lo observamos en el sector no estructurado y en los asalariados.

Los trabajadores del sector no estructurado tuvieron que compartir su mercado limitado y sus escasos activos, con los trabajadores recién ingresados en el sector. O sea, que el ajuste se produjo por la vía del deterioro de los ingresos medios y de las condiciones de vida. Datos del PREALC dan estimaciones para el quinquenio 1980-85, en el que los ingresos de los ocupados en el sector no estructurado experimentaron una contracción cercana al 27 0/o.

Refiriéndome siempre para el conjunto de la región y para terminar, se constata que la reducción de los salarios reales es mayor que la contracción que experimentó el producto per cápita. Puede afirmarse entonces que hubo un deterioro en la distribución del ingreso y que el costo del ajuste, se cargó principalmente en las espaldas de los trabajadores.

Estas observaciones de carácter un tanto general, sirven para señalar que la crisis internacional y las políticas de ajuste han provocado cambios regresivos en el campo ocupacional.

Mirando hacia el futuro, podemos sintetizar lo que considero son los tres grandes desafíos que al presente enfrentan nuestros países en este campo: aumentar el empleo, transformar su composición y elevar los ingresos de los trabajadores. Ciertamente que no son desafíos nuevos, pero creo que en el contexto histórico de la presente década, adquieren una dimensión diferente, no solamente desde el punto de vista de la complejidad y dificultad técnica o financiera de sus soluciones, sino que también en su dimensión política, especialmente cuando importantes sectores de poder nacionales y externos, tratan de sacarlos del debate político sobre cuáles son los problemas y las tareas centrales del desarrollo nacional.